

Mirar al presente de cara. Un “ajuste de cuentas”

INTRODUCCIÓN — Decir basta, para poder seguir

Este texto nace de una experiencia política concreta y de una ruptura igualmente concreta. No surge de una divergencia coyuntural ni de un desacuerdo táctico, sino de un proceso largo de militancia, reflexión y desgaste dentro de organizaciones que se reclaman herederas de la tradición marxista revolucionaria. Durante años compartimos con ellas marcos teóricos, lenguajes, referencias históricas y una aspiración común: la transformación radical de la sociedad capitalista y la emancipación de la clase trabajadora. Precisamente por eso, la crítica que aquí se formula no puede ser externa, superficial ni condescendiente. Es una crítica desde dentro de una tradición compartida que, a nuestro juicio, está siendo negada en la práctica por quienes dicen custodiaria.

Ir contra el burocratismo fosilizado de organizaciones como Izquierda Revolucionaria y de la corriente internacional encabezada por Alan Woods no es un *ajuste de cuentas personal ni una escisión caprichosa*. Es un intento consciente de decir basta para poder seguir. Basta de confundir la defensa del marxismo con la defensa de aparatos. Basta de convertir la teoría en un dogma inmóvil, la disciplina en obediencia acrítica y la unidad en un fetiche que justifica el inmovilismo. Basta de organizaciones que hablan de revolución mundial mientras administran, con creciente comodidad, pequeños universos cerrados sobre sí mismos.

Este texto parte de una convicción fundamental: el problema no es Marx, ni el marxismo, ni la tradición revolucionaria. El problema es su *fosilización burocrática*. El problema es la transformación de organizaciones que nacieron combatiendo el estalinismo en estructuras que reproducen, bajo nuevas formas y con un lenguaje distinto, muchos de sus rasgos esenciales: centralización sin control real desde abajo, sacralización de la línea política, identificación entre crítica y deslealtad, y una cultura interna que penaliza el pensamiento autónomo.

La crítica que sigue no separa lo político de lo organizativo ni lo teórico de lo material. Las caracterizaciones erróneas del presente —sobre el autoritarismo contemporáneo, el imperialismo, China, la OTAN o la fase histórica del capitalismo— no son simples fallos de análisis. Son el resultado lógico de organizaciones que han construido mecanismos internos que impiden corregirse. *Pensar hasta el final*, extraer consecuencias incómodas o revisar esquemas heredados implicaría poner en cuestión equilibrios internos, posiciones de poder y formas de vida sedimentadas durante años.

Al mismo tiempo, este texto no se escribe desde la negación total ni desde una voluntad de tabula rasa. *Nos une a esas corrientes mucho más de lo que nos*

separa: una crítica radical al capitalismo, al imperialismo y al reformismo; la centralidad de la clase trabajadora; la necesidad de una organización revolucionaria; el rechazo a la adaptación al orden existente. Precisamente por eso, la ruptura es necesaria. Porque esas ideas no pueden sostenerse en organizaciones que hacen en la práctica lo contrario de lo que proclaman en sus documentos.

Reescribir este balance como un único documento —y no como una suma de textos— responde a una exigencia política: mostrar que las diferencias teóricas, políticas y organizativas forman parte de un mismo problema histórico. *Mostrar que la deriva burocrática no es un accidente, sino un proceso.* Y decir con claridad que, bajo su dirección actual, Izquierda Revolucionaria avanza hacia una forma de nuevo estalinismo: no idéntico al del siglo XX, pero reconocible en su lógica profunda. Un estalinismo sin Estado, pero con aparato; sin culto explícito al líder, pero con seguidismo; sin terror físico, pero con expulsiones, silenciamientos y miedo a pensar.

Mirar el presente de cara exige romper con esa deriva. No para abandonar la tradición marxista, sino para recuperarla como método vivo. No para dividir por dividir, sino para poder volver a pensar sin miedo. Este texto no promete certezas ni líneas infalibles. Promete algo más modesto y, a la vez, más exigente: decir lo que muchos piensan en silencio y asumir el riesgo político de hacerlo.

BLOQUE I — Cuando el marxismo deja de mirar el presente

El marxismo nació como una teoría incómoda, inseparable de la crítica radical del presente. No fue concebido como un sistema cerrado ni como un conjunto de verdades eternas, sino como un método para analizar una realidad histórica concreta, atravesada por contradicciones y en permanente transformación. Marx no escribió para ser repetido, sino para ser superado por la propia dinámica de la historia que estudiaba. La fidelidad al marxismo nunca consistió en conservar intactas sus categorías, sino en someterlas constantemente a la prueba del presente.

Cuando esta relación se invierte —cuando la teoría deja de interrogar la realidad y pasa a protegerse de ella— el marxismo pierde su carácter crítico y se transforma en una tradición defensiva. El presente deja de ser un desafío y se convierte en una amenaza. Ya no se analiza para comprenderlo y transformarlo, sino para comprobar hasta qué punto confirma lo que ya se sabía de antemano. Allí donde no encaja, se fuerza; allí donde incomoda, se minimiza; allí donde desborda el marco heredado, se neutraliza mediante categorías conocidas.

Durante años, compartimos con Izquierda Revolucionaria y con la corriente de Alan Woods una comprensión básica de esta tradición. Compartimos la crítica al reformismo y al parlamentarismo adaptativo, la denuncia del papel histórico de la socialdemocracia y el estalinismo, y la defensa de la revolución socialista como

única salida progresiva a la crisis del capitalismo. El problema comienza cuando ese terreno común deja de ser un punto de partida y se convierte en un límite infranqueable.

Esta deriva se expresa con especial claridad en los textos de “perspectivas”, convertidos con el tiempo en un género político propio. Año tras año se repite una estructura casi litúrgica: *crisis estructural del capitalismo, polarización social creciente, impotencia de las direcciones reformistas, potencial revolucionario latente y conclusión tranquilizadora*. No se trata de que estas afirmaciones sean falsas en abstracto. El problema es que su reiteración deja de depender de lo que ocurre realmente. **El análisis se convierte en un mecanismo de autoconfirmación.**

El presente, en estos textos, ya no es **un problema abierto**, sino una materia prima que debe ser procesada hasta encajar en una narrativa previa. *La teoría no se expone a los hechos; los hechos son obligados a hablar el lenguaje de la teoría*. Cuando emergen fenómenos que desbordan ese marco —nuevas formas de autoritarismo, transformaciones profundas del capitalismo, reconfiguraciones geopolíticas complejas— no se asumen como señales de alarma teórica, sino como anomalías secundarias o desviaciones transitorias.

Esta forma de escribir y de pensar no es neutral. Cumple una función política precisa: preservar la continuidad de la línea y proteger a la organización de la experiencia. **Una teoría que no puede equivocarse es una teoría diseñada para no aprender.** Y una organización que no puede aprender está condenada a repetirse. La coherencia interna sustituye a la adecuación con la realidad; la fidelidad doctrinal, a la investigación crítica.

Aquí aparece una paradoja central: en nombre del materialismo histórico se adopta una relación profundamente idealista con el mundo. Las categorías preceden a los hechos; los hechos se valoran en función de su adecuación a las categorías. Si encajan, se celebran como confirmación; si no, se reinterpretan hasta perder su filo. El marxismo deja de ser una herramienta para comprender la realidad y pasa a ser un filtro que impide verla.

Las consecuencias políticas de esta inversión son profundas. Las organizaciones comienzan a hablar cada vez más para sí mismas y cada vez menos para la clase trabajadora real, con sus contradicciones, fragmentaciones y experiencias concretas. El marxismo deja de ser un método de esclarecimiento colectivo y se transforma en una señal de identidad. Para participar, ya no basta con querer comprender y transformar el mundo: hay que aceptar el marco completo, sin fisuras ni preguntas incómodas.

Cuando esto ocurre, el debate interno deja de girar en torno a qué análisis explica mejor la realidad y pasa a girar en torno a la ortodoxia. Las discrepancias ya no se discuten en términos políticos, sino morales. No se pregunta qué es más adecuado

para intervenir en el presente, sino qué se ajusta mejor a la línea establecida. ***Pensar se vuelve arriesgado; repetir, seguro.***

Este proceso no es el resultado de malas intenciones individuales. Es el producto lógico de organizaciones que han aprendido a sobrevivir durante largos periodos de debilidad objetiva. Ante la dificultad de incidir de forma real en la lucha de clases, el conflicto se desplaza hacia el interior, se refuerza el control doctrinal y se sacraliza la coherencia como valor supremo. El mundo exterior se vuelve imprevisible; la teoría, refugio.

Pero una teoría que funciona como refugio deja de ser revolucionaria. La función histórica del marxismo no es proteger a las organizaciones del presente, sino permitirles intervenir en él. Cuando ese vínculo se rompe, lo que queda es una tradición autosatisfecha, capaz de reproducirse a sí misma, pero cada vez más incapaz de comprender —y transformar— aquello que dice combatir.

Mirar el presente de cara comienza, necesariamente, por romper esta inversión. Por aceptar que la realidad puede y debe desmentirnos. Por asumir que no hay texto, por venerable que sea, que nos exima de pensar de nuevo. Y por reconocer que una izquierda que no se deja afectar por el mundo en el que vive está condenada a convertirse en comentario permanente de sí misma.

Una de las manifestaciones más claras de esta fosilización teórica es la negativa sistemática para reconocer ***los cambios reales en la composición de la clase obrera.*** No se trata de una omisión inocente ni de un simple retraso analítico. Es una negación activa, casi voluntaria, que recuerda aquello de que el mayor ciego no es el que no ve, sino el que no quiere ver. Y no quiere ver porque ver implicaría cambiar la doctrina.

Las organizaciones que aquí criticamos continúan hablando de la clase obrera como si esta siguiera siendo, en lo fundamental, la del siglo pasado: grandes concentraciones fabriles, centros de trabajo estables, trayectorias laborales relativamente continuas y una experiencia común fácilmente identificable. Sobre esa imagen heredada se construye toda una estrategia organizativa: intervenir en “grandes centros de trabajo”, captar a “los mejores elementos de la clase obrera” y reproducir, casi mecánicamente, un modelo de militancia que presupone una homogeneidad social que ya no existe.

El problema no es que estas referencias históricas carezcan de valor. El problema es que se presentan como la forma dominante y casi exclusiva de la clase obrera actual, ignorando deliberadamente las transformaciones profundas del trabajo y de la producción de valor en el capitalismo contemporáneo. La precarización estructural, la fragmentación de las trayectorias laborales, la externalización, la subcontratación, el trabajo en plataformas, la captura de cooperación social, de datos, de atención y de afectos, apenas aparecen en los documentos de estas organizaciones. Y cuando aparecen, lo hacen de forma marginal, como notas al pie que no alteran el marco general.

No se discute seriamente la emergencia de nuevas formas de explotación ni de nuevas formas de producción de valor. No se aborda la centralidad creciente del trabajo inmaterial, ni la disolución de las fronteras entre tiempo de trabajo y tiempo de vida, ni el hecho de que millones de trabajadores ya no se reconocen —ni pueden reconocerse— en la imagen clásica del obrero industrial estable. Todo aquello que no encaja en el jarrón teórico fosilizado se mira con desdén, se minimiza o, directamente, se hace como si no existiera.

Este rechazo no se limita a ignorar nuevas teorías. Ni siquiera se realiza una crítica seria de ellas. No se las estudia, no se las discute en profundidad, no se las combate con argumentos. Simplemente se las descarta. Se mira hacia otro lado. Se afirma, implícita o explícitamente, que no merecen atención porque “desvían” del marxismo auténtico. De este modo, el marxismo deja de ser un método crítico para convertirse en un criterio de exclusión.

Las consecuencias organizativas de esta ceguera son evidentes. Muchas personas que se acercan a estas organizaciones —trabajadoras precarias, jóvenes, mujeres, personas insertas en sectores profundamente fragmentados— lo hacen buscando herramientas para comprender su propia experiencia. Lo que encuentran, en cambio, es un discurso que no les habla, una imagen de la clase obrera en la que no se reconocen y una práctica militante diseñada para otro tiempo histórico. No es extraño que muchas de esas personas, a menudo con una enorme capacidad política y crítica, marchen desconcertadas. No porque no quieran comprometerse, sino porque huyen de una dinámica que empieza a parecerse demasiado a una secta: cerrada, autorreferencial y convencida de poseer la verdad.

El caso del feminismo es particularmente revelador. Ante la irrupción de un movimiento feminista de masas, complejo, contradictorio y atravesado por múltiples corrientes, estas organizaciones no realizan un esfuerzo serio por comprenderlo en toda su riqueza. Optan por una estrategia ya conocida: crear su propia organización, “aterrizar” en el movimiento con miles de panfletos y consignas prefabricadas, casi siempre redactadas desde arriba por la dirección —o por la “líderesa” de turno— y repetir esquemas teóricos invariables, como la fórmula de la *“mujer como esclava de un esclavo”*, sin someterla a una reelaboración crítica a la luz de las transformaciones sociales reales.

Cuando el movimiento feminista no se ajusta dócilmente a ese guion —cuando se mueve, experimenta, se contradice o plantea demandas que no encajan en el marco panfletario— la respuesta no es el debate, sino la descalificación. Se lo tacha de reformista, pequeño burgués o desviado, y se vuelve a empezar el ciclo: más panfletos, más consignas, más pedagogía descendente. La pregunta es inevitable: ¿qué pretende realmente una organización como “Libres y Combativas”? ¿Intervenir para comprender y transformar un movimiento vivo, o utilizarlo como campo de reclutamiento para reproducir una línea ya escrita?

Esta lógica revela, una vez más, el mismo problema de fondo: la incapacidad para aceptar que la clase obrera y los sujetos de la emancipación no son entidades fijas,

sino realidades históricas cambiantes. Reconocerlo implicaría revisar categorías, estrategias y formas organizativas. Implicaría aceptar que el marxismo no puede limitarse a repetir respuestas del pasado, sino que debe enfrentarse a preguntas nuevas. Y eso es, precisamente, lo que estas organizaciones no pueden permitirse hacer sin poner en cuestión todo su edificio doctrinal y organizativo.

Negar los cambios en la clase obrera no es, por tanto, un simple error analítico. *Es una estrategia de autoprotección.* Mientras la clase obrera siga siendo imaginada como en el siglo pasado, la doctrina puede permanecer intacta. Mientras las nuevas formas de trabajo y de explotación no se tomen en serio, la organización no tiene que cambiar. Pero el precio de esta comodidad es alto: una política cada vez más desconectada de la realidad y una militancia que, lejos de crecer, se estrecha y se endurece.

Mirar el presente de cara exige, también aquí, abandonar la nostalgia disfrazada de ortodoxia. Exige aceptar que la clase obrera de hoy no es la de ayer, y que solo enfrentando sin miedo esas transformaciones será posible construir una política revolucionaria que no se limite a repetir consignas, sino que sea capaz de intervenir en el mundo tal como es, no tal como desearíamos que fuera.

BLOQUE II — Organización, burocracia y miedo a pensar

Si el bloque anterior abordaba la ruptura entre teoría y realidad, este segundo bloque entra en el terreno donde esa ruptura se vuelve estructural y persistente: la organización. No como abstracción ni como ideal normativo, sino como forma material de existencia política. Porque las ideas no se producen en el vacío. Se producen dentro de estructuras concretas, con jerarquías, roles, incentivos, miedos y dependencias. Ignorar esto es, paradójicamente, una de las formas más extendidas de idealismo dentro de la izquierda que se reclama materialista.

Durante años, compartimos con Izquierda Revolucionaria y con la corriente encabezada por Alan Woods la defensa de una organización revolucionaria centralizada, disciplinada y capaz de intervenir de forma coherente en la lucha de clases. Esa convicción no está en cuestión. El problema no es la organización como tal, ni la disciplina entendida como compromiso consciente con un proyecto colectivo. *El problema comienza cuando la organización deja de ser un medio y pasa a convertirse en un fin, y cuando la disciplina deja de ser una herramienta política para transformarse en obediencia acrítica.*

La burocratización no aparece de forma repentina ni como resultado de una conspiración. Surge históricamente como respuesta a una situación prolongada de debilidad objetiva. Cuando una organización no logra incidir de manera real y sostenida en los procesos de lucha, aprende a sobrevivir en condiciones de marginalidad. Ese aprendizaje no es neutro. Desplaza el eje de la actividad política desde la intervención en la realidad hacia la reproducción del aparato. La prioridad

deja de ser transformar el mundo y pasa a ser preservar la estructura, la línea y la autoridad que garantizan la continuidad de la organización.

En ese contexto, el error se vuelve peligroso. No en un sentido político emancipador —como oportunidad de aprendizaje— sino en un sentido organizativo. Reconocer un error ya no implica corregir una orientación para intervenir mejor, sino abrir una grieta en un edificio que se sostiene precisamente sobre la certeza de tener razón. La posibilidad de rectificación se vive como amenaza. *Pensar hasta el final deja de ser una virtud y pasa a ser un riesgo.*

Es aquí donde el **seguidismo** deja de ser una cuestión psicológica o moral y se convierte en una relación social estructurada. Seguir la línea no es solo una opción política, sino una condición de pertenencia. Pensar por cuenta propia, formular preguntas que desbordan el marco heredado o explorar hipótesis nuevas deja de ser una contribución potencial y pasa a ser una fuente de sospecha. No hace falta que exista siempre una censura explícita: basta con que el coste implícito sea conocido por todos.

Ese coste adopta múltiples formas: aislamiento interno, pérdida de responsabilidades, descalificación política, o directamente expulsión. Con el tiempo, estas experiencias sedimentan una cultura organizativa basada en la autocensura. El militante aprende qué decir y qué no decir, qué debates “aportan” y cuáles “no tocan ahora”, qué lecturas son seguras y cuáles generan incomodidad. ***La inteligencia colectiva se empobrece no por falta de capacidad, sino por exceso de prudencia.***

En este proceso desempeña un papel central la figura del liberado de larga duración. No como chivo expiatorio ni como acusación moral, sino como posición material específica dentro del aparato. Cuando una persona lleva años —a veces décadas— dependiendo económica y socialmente de la organización, su relación con ella cambia de naturaleza. La organización deja de ser un instrumento político y pasa a ser el marco que garantiza su subsistencia, su reconocimiento y su identidad. Criticarla deja de ser un acto político y pasa a ser un riesgo vital.

En esas condiciones, pensar tiene costes muy concretos. *Cuestionar la línea, el análisis o las formas organizativas implica poner en riesgo no solo una orientación política, sino una forma de vida.* No se trata de mala fe ni de cinismo. Se trata de miedo. Miedo a no saber hacer otra cosa, miedo a quedar fuera de un mundo laboral del que se ha estado separado demasiado tiempo, miedo a perder un estatus construido durante años de militancia. Este miedo no paraliza; disciplinariza.

Así se produce una forma específica de ceguera política. No se niega la realidad por ignorancia, sino por **necesidad defensiva**. Allí donde el pensamiento crítico amenaza la estabilidad del aparato, el pensamiento se contiene. La teoría deja de ser una herramienta para comprender el mundo y se convierte en una coartada para no transformarse. El marxismo se administra, no se practica.

Esta dinámica explica la contradicción creciente entre discurso y práctica en organizaciones como Izquierda Revolucionaria. Se habla de democracia obrera, de centralismo democrático, de elevación de la conciencia, pero en la práctica se consolidan formas de funcionamiento que penalizan la autonomía intelectual y refuerzan la dependencia respecto a la dirección. La democracia se reduce a ratificación; el debate, a pedagogía descendente. La militancia participa, pero no decide realmente.

No es exagerado afirmar que, bajo su dirección actual, Izquierda Revolucionaria avanza hacia una forma de nuevo estalinismo. No idéntico al del siglo XX, pero reconocible en su lógica profunda. Un estalinismo sin Estado, pero con aparato; sin terror físico, pero con expulsiones y silenciamientos; sin culto explícito al líder, pero con seguidismo sistemático. Un modelo en el que la organización se presenta como depositaria de la verdad histórica y la disidencia como desviación política.

La corriente internacional encabezada por Alan Woods comparte, con matices, esta misma lógica. La sacralización de la tradición, el recurso constante a la autoridad del pasado y la resistencia a revisar categorías fundamentales funcionan como mecanismos de autoprotección. El discurso se radicaliza, pero la práctica se vuelve conservadora. *Se habla de revolución mundial mientras se administra con comodidad un pequeño espacio doctrinario, cada vez más cerrado y autorreferencial.*

Decir esto no implica negar la honestidad ni el compromiso de muchos militantes que siguen formando parte de estas organizaciones. Al contrario. Es precisamente porque existe una militancia valiosa, crítica y generosa que esta denuncia se vuelve urgente. El problema no es la base militante, sino una estructura que hace cada vez más difícil —cuando no imposible— pensar y actuar fuera de los márgenes establecidos.

Una organización que no puede permitirse el disenso real está condenada a repetirse. Y una izquierda que confunde unidad con uniformidad termina sacrificando su capacidad de aprendizaje en nombre de una cohesión vacía. Romper con estas dinámicas no es un acto irresponsable ni divisionista. Es una condición necesaria para recuperar una práctica política viva, capaz de enfrentarse a un presente complejo sin refugiarse en certezas heredadas.

Mirar el presente de cara, en el plano organizativo, implica aceptar que no existen garantías automáticas contra la burocratización. Implica diseñar mecanismos conscientes contra ella: control real desde abajo, rotación efectiva de responsabilidades, separación entre militancia y subsistencia material, y una cultura política que no penalice el error ni el pensamiento autónomo. Implica, en suma, recuperar la idea de que la organización está al servicio de la emancipación y no al revés.

BLOQUE III — El presente realmente existente y la bancarrota de las caracterizaciones heredadas

Si los bloques anteriores han abordado la ruptura entre teoría y realidad y las formas organizativas que la hacen persistente, este tercer bloque entra en el terreno donde esa ruptura se vuelve plenamente visible y políticamente decisiva: la caracterización del presente histórico. No hay prueba más exigente para una corriente marxista que su capacidad para leer correctamente la coyuntura en la que actúa. Aquí no bastan las buenas intenciones ni la radicalidad del lenguaje. Aquí, o se entiende el mundo tal como es, o se interviene a ciegas.

Durante años, Izquierda Revolucionaria y la corriente internacional encabezada por Alan Woods han producido análisis que se presentan como profundamente radicales. Se habla de crisis orgánica del capitalismo, de descomposición del orden liberal, de polarización social creciente y de inevitabilidad histórica de la revolución socialista. Sin embargo, bajo ese discurso enfático se esconde una contradicción fundamental: **cuanto más radical es la retórica, más conservadora resulta la lectura efectiva del presente**. El lenguaje se endurece, pero el marco permanece intacto.

Un ejemplo paradigmático es la caracterización del fenómeno Trump y, más en general, del giro autoritario en las democracias capitalistas avanzadas. La tendencia de Alan Woods ha optado sistemáticamente por minimizar el peligro. Trump aparece descrito como una figura grotesca, contradictoria, incapaz de consolidar un proyecto reaccionario estable. Se insiste en la fortaleza última de las instituciones burguesas y en la imposibilidad de una deriva autoritaria duradera. Esta lectura no es neutral: conduce a subestimar la gravedad del fenómeno y a desarmar políticamente a la militancia frente a procesos reales de degradación democrática y bonapartización.

Izquierda Revolucionaria, por su parte, reconoce parcialmente el carácter reaccionario del trumpismo y de fenómenos similares, pero se detiene a medio camino. Se nombra el peligro, pero no se extraen consecuencias estratégicas. El análisis se queda en la denuncia verbal, sin una reelaboración profunda de las categorías clásicas sobre el Estado, la democracia burguesa y las formas contemporáneas del autoritarismo. El resultado es una crítica sin filo, incapaz de orientar una práctica política a la altura del desafío.

En ambos casos, el problema no es la falta de información ni de referencias teóricas. Es la incapacidad para aceptar plenamente las consecuencias del propio análisis. *Reconocer que el capitalismo contemporáneo no solo está en crisis, sino que es capaz de reorganizarse mediante formas cada vez más violentas, autoritarias y regresivas, implicaría revisar esquemas heredados. Implicaría aceptar que la barbarie no es una anomalía, sino un modo de funcionamiento. Y eso tendría efectos desestabilizadores sobre toda la arquitectura teórica y organizativa construida durante décadas.*

Algo similar ocurre con la caracterización de China. La tendencia de Alan Woods ha optado por una lectura simplificadora que la define sin mediaciones como una potencia imperialista plenamente consolidada, equiparable a Estados Unidos o a las potencias europeas clásicas. Esta caracterización, presentada como audaz, evita en realidad enfrentarse a la complejidad del fenómeno chino: un capitalismo burocrático surgido de una revolución obrera deformada, con un papel central del Estado y de la planificación, combinado con mecanismos de mercado, explotación capitalista y ambiciones geopolíticas crecientes.

Reducir China a una réplica tardía del imperialismo clásico no aclara el análisis; lo empobrece. Permite mantener intactas las categorías heredadas, pero impide comprender un proceso histórico nuevo, contradictorio y decisivo para el siglo XXI. *De nuevo, la simplificación funciona como mecanismo de autoprotección teórica.*

Izquierda Revolucionaria, en este terreno, tiende a una ambigüedad paralizante. Se reconocen rasgos capitalistas evidentes, pero se evita una caracterización clara que permita orientar políticamente a la militancia. No se avanza porque avanzar implicaría asumir riesgos analíticos y, con ellos, la posibilidad del error. El silencio estratégico se disfraza de prudencia teórica.

La cuestión de la decadencia capitalista revela con especial nitidez esta bancarrota analítica. En la corriente de Alan Woods, la decadencia se afirma de manera casi metafísica: el capitalismo estaría agonizando, incapaz de ofrecer cualquier desarrollo progresivo, condenado a un colapso más o menos inmediato. Esta afirmación, lejos de radicalizar la política, la vacía. Si el sistema ya no puede estabilizarse de ninguna forma, toda mediación histórica desaparece y el análisis se convierte en una profecía autorreferencial que se confirma a sí misma año tras año.

Izquierda Revolucionaria, por el contrario, oscila entre reconocer la profundidad de la crisis y dejar abiertas, de forma implícita, salidas de estabilización prolongada. El problema no es optar por una u otra posición, sino no elaborarlas hasta el final. ***La falta de una caracterización clara de la fase histórica conduce a una práctica política errática, incapaz de articular una estrategia coherente.***

Desde el CCIM proponemos una caracterización distinta: el capitalismo no está simplemente en decadencia ni al borde del colapso inmediato. Se encuentra en una fase senil, históricamente agotada, pero aún capaz de reproducirse a través de la destrucción, la guerra, el autoritarismo, la precarización masiva y la depredación social y ecológica. Esta caracterización permite comprender por qué el sistema combina crisis crónica con capacidad de supervivencia, y por qué la barbarie no es una excepción, sino una forma estructural de reproducción.

La cuestión de la OTAN y del imperialismo europeo vuelve a mostrar las limitaciones de las corrientes que criticamos. Tanto la tendencia de Alan Woods como Izquierda Revolucionaria formulan denuncias genéricas del imperialismo occidental, pero

evitan convertir esa denuncia en una consigna política clara y central. La ruptura con la OTAN aparece diluida, subordinada o directamente ausente, pese a su importancia estratégica para cualquier política revolucionaria en Europa. Se denuncia el imperialismo, pero se evita el conflicto político real que supondría enfrentarlo de manera concreta.

Esta evasión no es casual. Asumir una consigna clara contra la OTAN implica enfrentarse no solo a los Estados burgueses, sino también a amplios sectores de la izquierda institucional y sindical. Implica abandonar la comodidad de la denuncia abstracta y asumir una confrontación política directa. Una vez más, la prudencia analítica funciona como mecanismo de autoprotección organizativa.

Lo que atraviesa todas estas caracterizaciones es un mismo problema de fondo: la negativa a dejar que el presente desestabilice el marco heredado. Allí donde asumir plenamente la realidad implicaría revisar la línea, alterar la práctica o cuestionar el equilibrio interno, el análisis se detiene. Se nombra la crisis, pero se le quita filo. Se reconoce el peligro, pero se lo encierra en fórmulas tranquilizadoras.

Esta **bancarota de las caracterizaciones** no es un error coyuntural ni una suma de fallos aislados. Es el resultado lógico de organizaciones que han dejado de mirar el presente como un terreno abierto de intervención y lo tratan como un escenario destinado a confirmar certezas previas. Mientras esa lógica persista, las diferencias políticas seguirán reproduciéndose como síntomas de un problema más profundo.

Mirar el presente de cara, en este plano, implica aceptar que no basta con denunciar el capitalismo ni con repetir consignas heredadas. Implica comprender cómo funciona hoy, cómo se reconfigura y qué formas adopta su dominación. Implica asumir el riesgo del análisis concreto, sin garantías ni refugios doctrinales. Sin esa ruptura, la política revolucionaria se reduce a comentario permanente de un mundo que ya no se entiende.

BLOQUE IV — Decir basta: ruptura responsable y horizonte político

Llegados a este punto, la ruptura deja de ser una cuestión subjetiva o emocional y se convierte en una necesidad política objetiva. No se trata de una escisión por cansancio, ni de una reacción personal frente a conflictos internos, ni de un gesto identitario destinado a reafirmar una nueva sigla. Se trata de asumir que determinadas organizaciones —en particular Izquierda Revolucionaria bajo su dirección actual y la corriente internacional encabezada por Alan Woods— **han agotado su capacidad para intervenir de manera útil en el presente histórico.** Persistir en ellas no es una forma de lealtad al marxismo, sino una forma de renuncia a su función crítica.

Ajustar cuentas, en este sentido, no significa saldar agravios personales ni reescribir biografías militantes. Significa evaluar con rigor histórico si las ideas, las formas organizativas y las culturas políticas existentes siguen sirviendo a los fines

emancipadores que proclaman. Y la respuesta, por incómoda que resulte, es negativa. ***El problema no es que estas organizaciones se equivoquen ocasionalmente, sino que ya no pueden corregirse.*** Han construido estructuras en las que reconocer un error no es un acto político saludable, sino una amenaza existencial para el aparato.

Cuando la legitimidad de una dirección se apoya en la infalibilidad de la línea y en la continuidad ininterrumpida del control organizativo, la rectificación se vuelve imposible. Corregir implicaría redistribuir poder, cuestionar jerarquías, alterar equilibrios materiales y simbólicos consolidados durante años. *En ese contexto, la fidelidad sustituye a la verdad, la disciplina sustituye al debate y la unidad se convierte en un fetiche que justifica el inmovilismo.*

Esta lógica explica por qué organizaciones que se reclaman anties-talinistas reproducen, bajo nuevas formas, dinámicas profundamente estalinistas. En el caso de Izquierda Revolucionaria, la deriva es particularmente clara. No se trata de una repetición mecánica del estalinismo del siglo XX, sino de un nuevo estalinismo adaptado a un contexto distinto: sin Estado, pero con aparato; sin terror físico, pero con expulsiones, silenciamientos y miedo a pensar; sin culto explícito al líder, pero con seguidismo sistemático y sacralización de la dirección. *Se habla de democracia obrera mientras se vacía de contenido práctico cualquier forma de disenso real.*

La corriente internacional de Alan Woods, con sus particularidades, comparte esta misma lógica profunda. La sacralización de la tradición, el recurso constante a la autoridad del pasado y la negativa a dejarse interpelar por el presente funcionan como mecanismos de autoprotección. El discurso se radicaliza, pero la práctica se vuelve conservadora. Se habla de revolución mundial, pero se administra con comodidad un pequeño espacio doctrinario, cada vez más cerrado, autorreferencial y satisfecho de su propia marginalidad.

Decir basta a estas dinámicas no implica negar lo que nos une. Nos une una tradición marxista común, una crítica radical al capitalismo y al imperialismo, y la convicción de que la emancipación de la clase trabajadora solo puede ser obra de la propia clase trabajadora. Precisamente por eso, la ruptura es necesaria. Porque esas ideas no pueden sostenerse en organizaciones que penalizan el pensamiento crítico, niegan los cambios reales en la clase obrera y convierten la militancia en una forma de disciplina sin autonomía.

Romper, en este sentido, no es destruir por destruir. Es liberar fuerzas atrapadas en estructuras que ya no permiten aprender ni intervenir. Es recuperar la posibilidad de una militancia adulta, consciente, capaz de pensar sin miedo y de equivocarse sin ser castigada. Es aceptar que no hay garantías históricas ni líneas infalibles, y que la política revolucionaria es, necesariamente, una práctica expuesta al riesgo.

El CCIM no se presenta como una nueva ortodoxia ni como una autoridad sustitutiva. No pretende ocupar el lugar de aquello que critica ni erigirse en depositario de la verdad. Se presenta como una apuesta abierta por recomponer una práctica marxista a la altura del tiempo histórico. Eso implica mecanismos antiburocráticos explícitos, control real desde abajo, rotación efectiva de responsabilidades y una relación viva, no ritualizada, entre teoría y realidad. Implica también asumir que el desacuerdo y el conflicto no son amenazas, sino condiciones de cualquier política emancipadora.

Mirar el presente de cara significa, en última instancia, abandonar la comodidad del pequeño grupo que siempre tiene razón y exponerse a la complejidad de un mundo en crisis. Significa dejar de administrar el marxismo como una identidad y volver a practicarlo como un método crítico. Decir basta no es el final de nada. Es la condición necesaria para empezar de nuevo con honestidad, sin miedo y sin nostalgia.